

El Bautismo del Señor

Como es sabido por todos a través del Evangelio, nuestro Señor Jesús se hizo bautizar por Juan el Bautista en las aguas del Río Jordán (cfr. Mt 3, 13-17). Pero resulta interesante el saber que en la lengua griega el verbo *baptizo* (βαπτίζω), significa sumergirse, teñir o lavar. El bautismo es un lavarse –valga la redundancia.



Los judíos, en los tiempos de Jesús, iban y se presentaban ante Juan para bautizarse como signo del arrepentimiento de los pecados: el acercarse a bautizarse era un reconocerse pecador. Jesús no tenía por qué haberse bautizado, pues en Él no existe el pecado, por lo tanto no tiene de qué arrepentirse. Y sabemos todos que este bautismo de Juan no era el Sacramento del Bautismo que ahora celebramos en la Fe de nuestra Iglesia Católica, y por el cual se nos transmite la Vida de la Gracia Santificante y se nos incorpora al Cuerpo Místico de Cristo.

El sumergirse en el agua, uno se limpia de las suciedades que ha adquirido en el ambiente, y el sumergirse en las aguas del Jordán simbolizaba para los judíos ese lavado de la vida de la persona que acudía allí, pero con la desventaja de que ese símbolo, de hecho, no purificaba a quien se sumergía. Entonces ¿esa práctica de piedad del pueblo de Israel era inútil y carente de sentido? De ninguna manera la práctica de bautizarse en el Jordán era una práctica estéril, pues para toda persona que desea arrepentirse es necesario que haga algo, que manifieste al menos con un gesto su deseo de conversión (y claro está que con el sólo gesto no basta, pero sí es el comienzo de una nueva actitud). Por eso el judío que realmente deseaba iniciar una nueva vida, iba ante Juan el Bautista a manifestar esta intención y se sumergía para simbolizar el lavado de su vida. Pero como ya se ha mencionado, la sola práctica de meterse en el Jordán, por sí sola, no bastaba para limpiar los pecados... hacía falta la venida del Redentor para expiar nuestros pecados.

Jesús se presenta ante Juan el Bautista, no porque tenga necesidad de manifestar su deseo de arrepentirse y cambiar de vida, pues él se hizo semejante a nosotros en todo, menos en el pecado (cfr. Hb 4, 15). Jesús va y se bautiza, lo cual significa que Él, aunque no tiene pecado alguno, sin embargo, sí toma sobre sus hombros todos nuestros pecados para así poder redimirnos. Uno de los Padres de la Iglesia más sobresaliente, San Ireneo de Lyon, afirmaba (refiriéndose al Misterio de la Encarnación del Verbo) algo que también se puede aplicar aquí: *lo que no es asumido no es redimido*. Es decir, para salvarnos de nuestros pecados Jesús tenía que haberlos asumido, no en el sentido de cometerlos Él, sino en el sentido de cargarlos sobre sus

hombros.

Lo que celebramos en la liturgia del Domingo del Bautismo del Señor es el darle gracias a nuestro Salvador por su gran Misericordia, pero no sólo eso: es agradecerle que Él no nos quiso perdonar sólo desde lejos, sino que se hizo uno de nosotros, *se humilló, tomando la condición de esclavo... y haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de Cruz* (Fil 2, 7-8). Esta es la gran Misericordia de Dios. Él se hace Hombre por nosotros, asume nuestra carne mortal, y asume nuestros pecados, y pide perdón por nosotros, y ese perdón lo pide desde la Cruz, pero también lo pide bautizándose, sumergiéndose en las aguas del Jordán.

Demos gracias, amados hermanos lectores, a nuestro Salvador por esta gran muestra de Su Amor. Démosle gracias con una nueva actitud en nuestras vidas, la actitud de una verdadera conversión, de un trato más amable con los que nos rodean, con una verdadera promoción de los valores humanos y evangélicos. Démosle gracias haciendo lo que esté de nuestra parte para poder ir cambiando poco a poco, aquellas estructuras que sabemos que en nada contribuyen a la construcción del Reino de Dios en nuestras vidas y en nuestra sociedad.

Dios les bendiga a todos.

Padre Agustín Pelayo, C.S.S.S.